

Sade y la hipocresía

COLABORATORIOS  **NET**

SADE Y LA HIPOCRESÍA: UNA LECTURA
HERMENÉUTICA DE FILOSOFÍA EN EL
TOCADOR

Rodrigo Salazar Elena

Copyright 2006- Flacso México



Sade y la hipocresía

Sade y la hipocresía. Una lectura hermenéutica de *Filosofía en el tocador*

Rodrigo SALAZAR ELENA

Pedantes, verdugos, carceleros, legisladores, canalla tonsurada, ¿qué haréis cuando alcancemos eso? ¿Qué será de vuestras leyes, de vuestra moral, de vuestra religión, de vuestros patíbulos, de vuestros paraísos, de vuestros Dioses, de vuestro infierno, cuando quede demostrado que tal o cual flujo de humores, que cierta clase de fibras, que cierto grado de acritud en la sangre o en los fluidos animales bastan para hacer del hombre el objeto de vuestras penas o de vuestras recompensas?

Marqués de Sade

Introducción (con explicación mínima sobre la estructura del texto)

Filosofía en el tocador fue publicada en 1795, deliberadamente sin ser firmada por su autor. Aunque en varios aspectos esta obra tiene la marca inconfundible del Marqués de Sade, se distingue por tener un tono más explícitamente discursivo que en otros de sus trabajos. Si bien es posible afirmar que nada en lo que dicen los personajes es esencialmente distinto al resto de los héroes libertinos sadianos, en *Filosofía...* se los hace extenderse en sus ideas, aclararlas, reiterarlas y desarrollar sus posibles derivaciones. Asimismo, la violencia explícita es menos frecuente y ninguno de los personajes perece, aunque el contenido sexual es el que pueden esperar los lectores familiarizados con la obra (o el mito) de Sade.

Estas características no son fortuitas. Como la fecha de publicación sugiere, *Filosofía en el tocador* es una obra que tiene como referente inmediato la muy reciente Revolución Francesa. Esto no sólo es evidente en la aparición de un peculiar manifiesto político ("Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos"), en el que se alude al evento. En un sentido más profundo, la estructuración del texto como una inusual obra de teatro en siete diálogos, pero sin las indicaciones tradicionales acerca del escenario y las entradas y salidas de los actores, llevan a pensar en un Sade que (de manera anónima, voluntaria o forzosamente desapareciendo como autor) se suma a la multitud de voces que

Sade y la hipocresía

tenían algo qué decir sobre el rumbo que debía tomar la sociedad.

Sostendré en este ensayo que la estructura de la obra y su especial énfasis en la argumentación discursiva, dado el momento histórico particular de la publicación, permiten situar a *Filosofía en el tocador* en el ala radical de la corriente utopista del Iluminismo. Haciendo un esfuerzo por señalar en líneas generales lo que podían entender sus primeros lectores, intentaré mostrar que en *Filosofía...* lo importante no es el ataque a la moral judeo-cristiana, una confesión cínica de vicios privados, la presentación de un catálogo de perversiones ni una forma de justificar un modo de vida alternativo. Por el contrario, para el lector propio de la época, cuyos criterios de "normalidad" estaban condicionados por los turbulentos tiempos que se vivían, el impacto que debió crear la lectura de la obra es que la sociedad, si había de ser construida sobre los principios de la verdadera naturaleza humana, había de ser enteramente reconstruida.

Filosofía... desde el punto de vista argumental, es relativamente simple. La joven inexperta (pero curiosa) Eugenia visita por un par de días a la libertina Señora de Saint-Ange. Ésta, asistida por su hermano y amante Caballero de Mirvel y el experimentado Dolmancé, ocasional heterosexual, se encargan de mostrar a Eugenia la teoría y la práctica del libertinaje. Razonamientos y copulación no convencional alternan hasta que, hacia el final de la obra, cuando la Señora de Mistival, madre de la joven y mujer de moral recta, se presenta a retirar a su hija de la residencia, es mutilada, violada e infectada con una enfermedad venérea, todo esto con la participación activa de Eugenia.

Método

Me interesa evaluar el impacto de la obra de Sade sobre sus lectores. Al elegir *Filosofía en el tocador* pretendo "facilitar" a estos lectores los problemas de interpretación. El discurso, decía antes, es explícito y claro. Todos los personajes, salvo uno, lo comparten, lo elogian y lo complementan. El lector no tiene que preguntarse sobre las intenciones ocultas del autor (¿cuál autor?, siendo anónimo), sobre el grado en que comparte o no las ideas de sus personajes, pues no existe en realidad interlocución antagónica con discursos oponentes. Los personajes no debaten, exponen. De esta forma, pretendo evitar (sin negar)

Sade y la hipocresía

el desafío que para el crítico representa interpretar una multiplicidad de interpretaciones, contradictorias entre sí y sin posibilidad de jerarquización por validez (Foucault, 1995). Tal problema sería más difícil de abordar, por ejemplo, con *Los infortunios de la virtud*, toda vez que Justine puede ser vista como emblema de la necedad de creer en un Dios que permite el sometimiento de sus creyentes, pero también como una heroína que anticipa el Romanticismo al seguir las reglas que le dictan sus ideales, contra la adversidad. Esto no cabe en *Filosofía...*

Una vez superado este problema, se plantea la cuestión metodológica de evaluar la manera en que la obra de Sade pudo haber actuado sobre sus lectores. Buscar apoyo en la literatura para esta tarea puede ser frustrante: en una selección al azar de diversos tratados sobre historia de la literatura francesa (Biblioteca Central de la UNAM), encontré que el Marqués no aparecía siquiera en el índice onomástico de la mayoría, mientras que en el resto las referencias sólo eran casuales. En las biografías consultadas en la misma biblioteca y en Internet, los detalles de su vida agitada y la narración (ociosa, diría yo) de sus obras ocupaban toda la atención.¹ Mi impresión es que los comentaristas que no eluden el tema parecen darse por satisfechos con saber que Napoleón prohibió la obra de Sade y lo hizo recluir en un asilo, asumiendo en esto una prueba de que dañaba la moral prevaleciente. Más adelante argumentaré que esta proposición es inadmisibles. Estas dificultades justifican el recurso a la teoría de la recepción para plantear hipótesis (es decir, a confirmar en algún momento posterior con una investigación más profunda) sobre el tipo de lector de la obra en análisis, su mentalidad y su reacción ante el texto.

Para este propósito, me baso fundamentalmente en la hermenéutica de Jauss (1994). En la perspectiva de este crítico, la recepción de la obra es una función de las expectativas desatadas por ésta mediante indicaciones que predisponen al lector a una lectura determinada (que se pueden cumplir o no en el curso de la lectura). A su vez, el "horizonte de expectativas" de cada lector depende de sus lecturas pasadas, que le permiten situar al texto dentro de un género determinado, relacionarlo con otras obras del entorno literario y compararlo, en su calidad de ficción, con el horizonte más amplio de su propia experiencia vital. Para el lector, la obra puede coincidir con sus expectativas o

¹ Estoy consciente de que mi búsqueda no fue extensa y de mi omisión al no tomar nota de las fuentes a las que aludo. Sin embargo, la experiencia me pareció en último momento lo suficientemente significativa como para registrarla, al menos a título provisional.



Sade y la hipocresía

bien superarlas, produciendo un "cambio de horizonte" (p. 193) por negar las experiencias familiares o por hacerlas conscientes por primera vez. A juicio de Jauss, la distancia entre el horizonte de expectativas del lector y la obra, la capacidad de ésta para exigir un cambio de horizonte, es lo que mide su valor artístico. En este sentido, es importante determinar a qué problemas responde la obra desde el punto de vista histórico y si contribuye a resolverlos o a plantear nuevos, confrontando al lector con una realidad que no es posible entender recurriendo al horizonte de expectativas previo.

Para los efectos de este trabajo, me concentraré en el primer público receptor de *Filosofía...* Trataré de establecer las características principales de ese horizonte de expectativas, correspondiente al período 1995-1999. En este punto, los parámetros indicados por Jauss pueden resultar insuficientes; en particular, resulta inevitable preguntarse por el horizonte de exactamente quién. Más aún cuando me tengo que remitir a una publicación con más de 200 años. Es necesario llevar más lejos la estandarización que forcé con la elección de la obra. Para ello, reproduzco el criterio utilizado por Darnton (1994), que al analizar los cuentos campesinos de la Francia del Antiguo Régimen encontró en experiencias macrosociales como las tendencias demográficas y las condiciones de producción de los alimentos las experiencias comunes que podrían haber condicionado una interpretación relativamente unívoca por parte del público al que estaba destinada la recepción de dichos cuentos. Ahora bien, en este caso el público receptor no consiste en campesinos ni la obra es una tradición oral. El primer paso consistirá en delimitar al público receptor para después destacar los rasgos más destacados de su horizonte de expectativas recurriendo a estudios de carácter histórico.

Una vez dado este paso, será posible proceder a la recepción de la *Filosofía en el tocador*. La técnica de exposición seguirá los lineamientos del efecto secuencial propuestos por Fish (1994). Por supuesto, las limitaciones idiomáticas y los objetivos de este trabajo me impiden hacer un seguimiento palabra por palabra o frase por frase del efecto de la obra. De manera más modesta, me valgo de su estructura para evaluar el efecto sobre el lector una vez que ha concluido cada uno de los siete diálogos.



Lectura y horizonte de expectativas de las clases acomodadas en Francia durante la Revolución

Durante el siglo XVIII francés, la alfabetización había hecho grandes progresos pero no los suficientes como para que la lectura fuese un hábito masificado. En su estudio sobre la lectura durante el Antiguo Régimen, Chartier (1994) pudo comprobar que la posesión de libros y el número de libros poseídos estaban asociados con la fortuna media de la categoría social que se tratara. Es así que el público receptor de los libros estaba constituido principalmente por las clases acomodadas, sea las tradicionalmente privilegiadas (clero, nobleza) o la burguesía en ascenso.

En las vísperas de la Revolución, estas clases no sólo constituían la comunidad de lectores, sino que habían desarrollado una gran semejanza en aspectos diversos como la riqueza, los intereses y la formación: "en el fondo, todos los hombres situados por encima del pueblo se parecían; tenían las mismas ideas, los mismos hábitos, obedecían a los mismos gustos, se entregaban a los mismos placeres, leían los mismos libros y hablaban la misma lengua. Sólo se distinguían entre sí en cuanto a los derechos" (Tocqueville, 1996: 165). En cuanto a lecturas, a lo largo del siglo estas clases habían ido abandonando los libros que reproducían la tradición (las obras religiosas, la historia de la antigüedad) y se mostraban cada vez más interesados en las innovaciones y la literatura (Chartier, 1994). Este era el ánimo, precisamente, que impulsó a la Ilustración.

Sin prejuzgar a la Ilustración en función de sus consecuencias ideológicas e institucionales, Seoane (1999) la calificó como un reducido "grupo de discusión" cuyos participantes sometían sus ideas escritas a debate público, al mismo tiempo que mostraban una disposición mayor a escuchar (leer) a los otros. Era una discusión apresurada, poco precisa e incluso amañada, pero la lectura tenía un carácter de intercambio en un ambiente febril de creación en el que las ideas eran expuestas, atendidas, procesadas y rebatidas o defendidas para proceder a la siguiente: casi como si los participantes estuvieran hablando. La erudición contaba poco en esos momentos, dada la actitud con respecto a la tradición. Las instituciones ligadas a la tradición eran vistas por todos como un estorbo (incluso quienes se beneficiaban con alguna institución particular se veían afectados por otra), producto de la irracionalidad, por lo que se difundió la idea de la conveniencia de destruirlas y

Sade y la hipocresía

sustituirlas "por reglas sencillas y elementales basadas en la razón y en la ley natural" (Tocqueville, 1996: 222). Los ilustrados, remata Seoane (1999: 46-7), se veían como creando el mundo, por lo que no se sentían obligados a reflexionar sobre los problemas planteados por los autores antiguos. Tenían una fe desbordada en su capacidad de crear, apoyados en la razón: "No dudaban de la perfectibilidad, de la fuerza del hombre; se apasionaban sinceramente por su gloria y tenían fe en su virtud... no dudaban en absoluto de que estaban llamados a transformar la sociedad y a regenerar nuestra especie" (Tocqueville, 1996: 237).

Esta comunidad de lecturas y perspectivas enfrentó las divisiones en bandos características de los procesos revolucionarios. Previo a 1789, cada una de las clases (clero, nobleza y burguesía) había echado sobre sus hombros la defensa de sus privilegios de grupo frente a las invasiones de la monarquía. En la perspectiva de Tocqueville, esto creó en cada una un sentido de libertad que, si bien lejana a la idea moderna de igual libertad a la vez que indiferente a la suerte de las otras clases, había arraigado fuertemente en cada miembro de los grupos privilegiados.

Con la llegada de la Revolución, el idealismo ilustrado, la confianza en la razón humana y el sentido de libertad se mezclaron con la división del país en bandos en guerra, amenazado por la invasión por parte de las monarquías extranjeras, la crisis económica y el desabasto de alimentos. Hobsbawm (1962) sostuvo que la República Jacobina y el Terror (1793-4) fueron la respuesta a esta situación, movilizandolos todos los recursos de la nación alrededor de las necesidades bélicas. Los jacobinos también terminaron por abolir los derechos feudales y favorecieron a los pequeños propietarios rurales y a los artesanos y tenderos urbanos. Su éxito en rechazar a las fuerzas invasoras para después iniciar la conquista de Europa fue apoyado por el liderazgo de Robespierre, cuyo ideal estaba en el reinado de la justicia y la virtud, con igualdad para todos los buenos ciudadanos. Al caer éste, el gobierno del Directorio (1794-1799) estaba aprisionado por el deseo de evitar tanto la reacción aristocrática como el gobierno popular asociado con el Terror. En este período de parálisis, el ejército emergió como una fuerza independiente del gobierno civil, capaz de generar su propio sustento y de salir victorioso gracias a la iniciativa y el valor, donde el mérito en batalla había dado pie a una jerarquía simple capaz de exportar la Revolución.

Un punto muy importante del contexto de recepción de la obra de Sade se refiere a la religión y la moral. Tocqueville

Sade y la hipocresía

(1996: 231-7) es muy enfático al señalar que hacia el final del Antiguo Régimen la incredulidad religiosa estaba muy extendida en Francia, encabezada principalmente por la propia nobleza. La incredulidad se había convertido en una cuestión de "buen tono", a tal grado que el clero apenas se defendía con timidez y los creyentes disimulaban su condición. Esto tenía un correlato en las costumbres morales. El sentido de lo que me interesa destacar aparece estupendamente expuesto en una novela, *Las amistades peligrosas* de Choderlos de Laclos.² En ella, se puede observar a una nobleza entregada a la sensualidad, poco cuidadosa con la observancia de las normas morales, pero muy preocupada por dar las apariencias de su cumplimiento. La moralidad era, más que una cuestión de conciencia, un conjunto de reglas para el juego erótico: en cuanto la infidelidad o el comportamiento disoluto se hacían de conocimiento público, la nobleza castigaba al infractor o infractora con un costo reputacional que lo condenaba al ostracismo social. Todo esto, por supuesto, sin que tales jueces creyeran por un minuto que la infracción fuese excepcional, como podían verificar en su propio comportamiento.

Filosofía del tocador. Una posible lectura

Ahora es posible emprender el análisis de recepción en los términos que planteé anteriormente.³

Título y dedicatoria. El lector percibe la ironía en el largo título de la obra, pues se mezclan términos pedagógicos (filosofía, instructores, educación) que pueden remitir, por ejemplo, a Rousseau, con otros que, junto a ellos, tienen un claro sentido de perversión o des-educación (tocador, inmorales, jóvenes señoritas). El sentido no le queda claro, pues los primeros términos son "respetables" y son usados en temas graves. La dedicatoria a "los libertinos" tiene el mismo problema. El lenguaje es moralista: pone a los personajes como ejemplo a seguir, pero como ejemplos son muy dudosos. La ironía no lo escandaliza, lo pone en una situación de significado ambiguo que lo obliga a suspender la interpretación hasta que esté mejor enterado con la lectura.

² Para este aspecto del argumento, retomo el espíritu de Bourdieu (1997), quien reconoció en Flaubert la capacidad de observar a su propia clase, la burguesía, con el distanciamiento suficiente como para que su obra literaria nos diga algo valioso sobre ella desde el punto de vista científico. Laclos era de una familia que había adquirido la nobleza en forma reciente y que escribió su novela al no ver satisfechas sus ambiciones militares.

³ Lamentablemente, la extensión de este trabajo debe ser limitada, por lo que me veré obligado a dar por supuesto el conocimiento de muchos detalles de la obra en la exposición.



Sade y la hipocresía

Primer diálogo. La estructura teatral le da familiaridad, pero considera al autor descuidado, por la falta de indicaciones. Está divertido con las costumbres sexuales Saint-Ange y su hermano, más aún con la fijación sodomita de Dolmancé. El plan con respecto a Eugenia (pervertirla) atrapa su curiosidad. Aquí no hay nada que sacuda fuertemente lo que le es familiar (no necesariamente compartido) en cuanto a comportamiento sexual. Hasta cierto punto, no le es ajeno el espíritu innovador y la avidez experimental que muestran los personajes. Para este momento, tiene claro (tal vez no concientemente) la igualdad social entre los personajes. Dos son hermanos, evidentemente opulentos, y los otros dos son conocidos a través del círculo social común.

Segundo diálogo. Un breve saludo entre Saint-Ange y Eugenia antes de pasar al tocador de la primera. Da vuelta rápido a la página. Quiere saber.

Tercer diálogo. El tercer diálogo tiene algo de engaño: inicia con actos sexuales (sin penetración) en los que intervienen Saint-Ange, Eugenia y Dolmancé, acercándose a una representación erótica cercana a lo convencional. Sin embargo, abruptamente comienza la educación de Eugenia y el lector comienza a entender que el título esconde una gran seriedad tras su ironía. Después de la escena sexual, debe sentir desconcierto (abiertamente, inverosimilitud) ante las largas disertaciones de Saint-Ange y Dolmancé, que tienen aire de tratado: plantean premisas y conclusiones, clasifican, demuestran con ejemplos históricos y casos conocidos, descomponen falacias. Estas argumentaciones doctas resultan extrañas al ser aplicadas a los temas del placer sexual: para el lector, el discurso es familiar, pero su uso no. Ahora bien, aunque los argumentos son extremos, resultan más cercanos, incluso interesantes, al dirigirse contra dos de las instituciones tradicionales más establecidas: la religión y la familia. Esto no quita que la situación representada en la mente siga siendo sumamente inusual (otra vez, por inverosímil): los personajes están presumiblemente semidesnudos y a veces interrumpen sus disquisiciones para acariciarse.

El mayor regalo para el lector en este diálogo se refiere a las indagaciones en torno a la naturaleza humana. Situándose en un tema de interés central para la Ilustración, el tratamiento por la obra es original y riguroso. Bajo la premisa de que la búsqueda del placer es lo verdaderamente natural en el ser humano, los docentes desechan los impulsos naturales en términos de la moral cristiana: la procreación y no hacer a los otros lo que no se quiere para sí. En la

Sade y la hipocresía

búsqueda del placer, priva el egoísmo absoluto y no hay motivo para detenerse a considerar los sentimientos de quien es fuente de placer. Siendo así, y considerando que la crueldad es la fuente del placer más intenso, no hay daño en someter a crueldad a quien es demasiado débil para defenderse. Esto armoniza con otra ley de la naturaleza, que es la destrucción. De este planteamiento parte una celebración de la potencialidad de la naturaleza humana libre para buscar el placer: "la imaginación sólo nos es útil cuando nuestra mente está libre de prejuicios... Esta caprichosa porción de nuestro pensamiento es de un libertinaje que nada puede contener; su mayor triunfo, sus mayores delicias consisten en romper todos los frenos que se le oponen. Ella es enemiga de las normas, idolatra el desorden y todo aquello que tenga tinte de delito" (pp. 331-2).

El lector añade a su curiosidad intelectual una sospecha del carácter de la obra debida a otra falta de cuidado a la verosimilitud por parte de Sade. Eugenia da muestras de excitación sexual en dos momentos anticlimáticos: uno, cuando confiesa sus deseos de asesinar a su madre, y otro, al escuchar la docta argumentación de Dolmancé en favor de la crueldad. Lo que entiende el lector es que Eugenia, al reaccionar de esta forma, está aprendiendo. A estas alturas sabe que el libro que tiene en sus manos sólo parece una obra de teatro; de hecho, sólo aparenta ser literatura ficticia. Por supuesto, tampoco es literatura erótica: ya perdió todo interés propiamente sensual en la lectura. Lo importante, a pesar del tono mordaz e irónico, es lo que dice. No espera que los personajes sean castigados por su depravación, pues aún no encuentra nada que necesariamente lo escandalice y ni siquiera tiene esperanzas de que la historia culmine en algo (no puede asegurar que es una historia). Puede o no compartir ideas ilustradas más benevolentes, pero en todo caso su reacción es contra argumento interno, no la indignación moral. De hecho, es empático a la idea de que conviene más aparentar la virtud que ser virtuoso. No obstante, sigue la lectura con una sensación de desagrado causada por una alusión casual, pero explícita, a un acto coprofílico.

Cuarto diálogo: Las proezas de sexo grupal emparejadas con sesudas observaciones de Dolmancé no hacen más que profundizar la sensación de irrealidad de la historia, apenas distraídas por nuevos argumentos que rechazan la "naturalidad" del coito por la vagina, toda vez que otras vías proporcionan mayor placer. Le intriga un poco la

Sade y la hipocresía

aparición de Agustín el jardinero en escena, pero la mención del tamaño desproporcionado de su órgano elimina ese interés.

Quinto diálogo. La lectura deviene inicialmente tediosa, reiterativa. La orgía es cada vez más inconcebible, pues a las proezas se suman orgasmos en todo momento. Destaca, no obstante, el papel de Dolmancé como coreógrafo que dispone el lugar de cada quien en los actos grupales. El lector está a punto de pensar en una comunidad cooperativa, pero suspende el juicio. Encuentra llamativo el argumento según el cual no existe el crimen, pues para demostrarlo habría que probar la superioridad del ofendido sobre el ejecutor, lo que carece de sentido dada la igualdad de todos ante la naturaleza.

Su sopor es ligeramente removido en el momento en que Dolmancé azota a Eugenia, haciéndola sangrar. Este elemento es nuevo, pero rápidamente es abandonado. Su atención se despierta, en realidad, cuando Eugenia, sin venir ni remotamente al caso, pregunta sobre el efecto de las nuevas costumbres en el gobierno. Para contestar, el Caballero saca un panfleto, al que da lectura en voz alta.⁴ Gracias a esta licencia narrativa, el lector comienza a entrar en terreno firme. El terreno del debate de ideas sobre lo público. Tal vez no se da cuenta, pero la estructura teatral de la obra ya lo había predispuesto para sentirse directamente en una situación cara-a-cara con quien expone el folleto, como si estuviera en una tribuna y él presenciando, listo para el debate. En cuanto al contenido del panfleto, no añade mucho a lo que Dolmancé ha estado diciendo todo el tiempo. Partiendo de la premisa de que es "menos esencial entender la naturaleza que gozarla y respetar sus leyes; que estas leyes son tan sensatas como simples; que están escritas en el corazón de todos y que sólo es necesario interrogar a ese corazón para discernir sus impulsos" (p. 387), el panfleto aboga por una forma de gobierno en la que todos tengan el derecho a procurarse el placer, aún recurriendo a la fuerza. Aunque la posibilidad de no castigar el asesinato y el robo le parecen aberrantes (tal vez más que todas las actividades sexuales que ha leído hasta ahora), el lector se siente otra vez en el territorio familiar del que había sido alienado por el tedio. No importa el mensaje en concreto, la forma lo dispone a escuchar, a reflexionar y a considerar las ideas expuestas. Con este estado de ánimo, toma muy en serio la postura de Dolmancé según la cual los seres humanos obtienen placer el uno del otro, por lo que están en relación

⁴ Chartier (1994) sostiene que la lectura en voz alta era una de las prácticas de las élites del siglo XVIII que convirtieron la lectura privada en una actividad pública. Este panfleto había sido escrito previamente por Sade, que lo hizo circular.

Sade y la hipocresía

antagónica por servirse del "prójimo" y no permitir que se sirvan de uno mismo. No existe tal cosa como dar placer. Cuando el libertino concluye que la naturaleza compele a la dominación, el lector está dispuesto a considerar las cosas desde otro punto de vista. Su experiencia con la guerra civil en su país y las ejecuciones masivas le indican que, tal vez, la naturaleza humana es tal que busca saciarse con el otro. De ser así, el ejército ha demostrado que es posible forjar un orden marcial de la nada, a partir de individuos libres, un orden además exitoso, conquistador, digno de orgullo. Si es el caso, tal vez la reconstrucción social que todos propugnan debe ser sobre estas bases, sacando el mayor provecho del placer que a fin de cuentas todos buscamos.

Pero mientras así reflexiona, su lectura ha avanzado y los personajes están en un nuevo frenesí que incluye mordidas, flatulencias y descargas de semen en cantidades increíbles. Es otro llamado a su atención. Su piel se eriza cuando Dolmancé, en éxtasis, se retira con Agustín a satisfacer un deseo, que se muestra renuente a mencionar en voz alta, para después confesarlo frente a la repugnancia y la incredulidad de todos sus compañeros. Qué es, el lector no se entera, pero esto lo pone en una crispación entendible.

Diálogo VI. Este breve diálogo sólo transporta la angustia del lector. El padre de Eugenia mandó una nota avisando que su esposa se dirigía al lugar para rescatar a la joven educada. Pide un castigo ejemplar. Se lee que Agustín regresa con Dolmancé, sin que esto le represente ningún alivio, pues ya se sabe que Eugenia había pedido una víctima y que ésta llegará pronto.

Diálogo VII. La violación, mutilación e inoculación de una enfermedad venérea perpetrado a la madre de Eugenia, le dejan una sensación sumamente desagradable. La violencia incontenida brinda a la escena un realismo que las precedentes no tenían. Para nuestro lector ilustrado existe un problema adicional: en todos los actos anteriores los participantes eran personas libres que experimentaban e incluso se sometían voluntariamente. Sin coerción. La crueldad había sido manejada (como todo lo importante en los ilustrados) a nivel teórico, y en todo caso sólo sugerida al final del quinto diálogo. El orgasmo que tiene la madre de Eugenia durante la vejación no reduce la impresión: nadie, concluye el lector, puede ser obligado a aceptar su naturaleza en contra de su voluntad.

El lector, que había sido atrapado por esta literatura indefinible, se siente ahora traicionado. Su honesta



Sade y la hipocresía

disposición a escuchar y ser convencido fue burlada: la gran grosería consistió en llevar a la práctica las consecuencias de una sociedad sin más regla que las dictadas por la naturaleza. Sabe que fracasó, que regaló su entusiasmo demasiado fácilmente. Sabe que no se atreve. Cierra el libro enfadado. A este libro, finalmente, le falta un poco de hipocresía. Por eso Sade fue un autor marginal de la Ilustración.



Sade y la hipocresía

Fuentes

- BOURDIEU, Pierre (1997): "Prólogo. Flaubert analista de Flaubert. Una lectura de *La educación sentimental*", en *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, pp. 17-75.
- CHARTIER, Roger (1994): *Lecturas y lectores en la Francia del Antiguo Régimen*, Mora, México.
- DARNTON, Robert (1994): "Los campesinos cuentan cuentos: el significado de Mamá Oca" en *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 15-80.
- FISH, Stanley (1994): "La literatura en el lector: estilística 'afectiva'" en Mendiola, comp., pp. 17-60.
- FOUCAULT, Michel (1995): *Nietzsche, Freud, Marx*, Ediciones el Cielo por Asalto, Buenos Aires, pp. 31-62.
- HOBSBAWM, Eric (1962): *The age of revolution. 1789-1848*, Mentor, Nueva York.
- JAUSS, Hans Robert (1994): "La historia de la literatura como provocación de la ciencia literaria", en Mendiola, comp., pp. 180-232.
- MENDIOLA, Alfonso, comp. (1994): *Introducción al análisis de fuentes*, Universidad Iberoamericana, México.
- SADÉ, Marqués De (2000): "Filosofía en el tocador o los instructores inmorales. Diálogos destinados a la educación de las jóvenes señoritas", en *Obras selectas*, Edimat, Madrid, pp. 291-435.
- SEOANE PINILLA, Julio (1999): *La ilustración olvidada*, FCE, México.
- TOCQUEVILLE, Alexis de (1996): *El Antiguo Régimen y la Revolución*, FCE, México.